

América en los libros

Guamán Poma de Ayala, pionero de la Teología de la Liberación. Manuel G. García Castellón. Editorial Pliegos. Madrid. 1994.

La Teología de la Liberación es un nuevo modo de elaborar, o entender, la ciencia que conduce al hombre a la deidad. Baja desde alturas eminentemente científicas y hasta oscuras, a estratos terrenales, tangibles, demostrando que es posible el acercamiento de lo sobrenatural a lo humano. Tiene su nacimiento y especial campo de cultivo en Latinoamérica con nombres tan notables como Gustavo Gutiérrez, Ignacio Ellacuría y Enrique Dussel.

Un antecedente en la historia, aunque no reconocido antes como tal, es Guamán Poma de Ayala. Noble peruano, de linaje mestizo entre quechua y yarovilca, asume el Evangelio como instrumento de justicia, y a partir de su estudio minucioso elabora un pequeño tratado que remite al Rey de España. Es un compendio de memorial de agravios, propuesta política profunda, tratamiento de la historia en muchas facetas y urgimiento de soluciones. Poma de Ayala no discute la autoridad del Rey lejano e ignoto, pues ve en él al nuevo Inca que milagrosamente se interpone en la disputa dinástica entre los hermanos Atahualpa y Huáscar. En plena guerra civil por la sucesión estaba el Tahuantinsuyo a la llegada de los españoles y fue lo que precipitó la victoria de Francisco Pizarro.

La Nueva Crónica y Buen Gobierno, que así se llama la obra en cuestión, pretende seguir fielmente al Evangelio trastocando al pueblo mártir de las Escrituras, el judío, en el indígena. Los nuevos egipcios, los españoles, esclavizan, matan, roban, humillan y oprimen a un pueblo que Dios mira a través de la letra sagrada. Es el Rey, con su autoridad suprema, el encargado de hacer que la pala-

bra santa se cumpla, y para eso Guamán Poma le envía un pormenorizado relato de la situación de la colonia. Sabe que el nuevo Inca jamás se va a acercar a éstas sus tierras andinas, pero para eso tiene a buenos clérigos y misioneros que, imbuidos del discurso lascasiano, pueden ser los valedores del mensaje evangélico. La pobreza y la explotación contradicen la palabra del Dios traído por los mismos explotadores; éstos están pecando prácticamente contra ellos mismos y su ceguera debe ser remediada por el Rey. Que se vuelva a los tiempos del Inca, cuya administración permitía que nadie pasara hambre; como tampoco que cundiera entre el pueblo la degeneración moral que le azota por culpa del alcohol. El pillaje y las violaciones, eran lacras que no se permitían en tiempos del Inca y se reprimían con la mayor dureza. El Evangelio condena todo esto como también el ser pobre, el carecer de lo más elemental. La palabra divina no sólo libera al espíritu sino que alivia al hombre del cuerpo.

La obra de García Castellón, profesor de literatura en New Orleans, es un excelente estudio de algo que es más que un curioso, exótico, documento histórico. *La Nueva Corónica...* está en los albores de la cultura tanto literaria como política hispanoamericana, justo en el momento en que está forjándose la nueva realidad.

España y América en sus literaturas. Edición de M^a Ángeles Encinar. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 1995.

La profunda intercalación de literaturas entre ambas orillas del Atlántico o a través de los siglos es bosquejada en este estudio que modera Ángeles Encinar. Sería tal vez imposible y ocuparía muchísimos volúmenes el presentar paso a paso lo que en verdad sería dicha intercalación que sugiere el título. No obstante, el simposio celebrado por la Universidad de Saint Louis, es loable, pues trata de ser lo más ecléctico posible, abarcando temáticas no contradictorias pero sí de distinta sensibilidad, dependiendo del momento y de la historia.

Así, el resurgir de una hispanofilia en los escritores del final del siglo XIX, coincidiendo con el desastre del 98, es patente en las obras de autores como Rubén Darío. El nicaragüense es el máximo exponente de esta tendencia

o, mejor, sentimiento, llevado a alturas literarias y a veces políticas. Igual que en otros como los argentinos Manuel Ugarte, Manuel Gálvez o Ricardo Rojas, los ecuatorianos Gonzalo Zaldumbide y Fernando Chávez, el boliviano Alcides Arguedas, los peruanos José Santos Chocano y José de la Riva Agüero, los mexicanos Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes o el colombiano Eduardo Caballero Calderón. Éste último, más cercano a nuestros días, pero todos comprometidos en recuperar una Hispanidad que se les iba de las manos ante el avance del imperialismo anglosajón y la pérdida de valores morales.

En un ángulo no inverso, pero sí teñido de las vicisitudes que influyen de manera distinta, estarían la literatura y el teatro de autores españoles ante el fenómeno de la España posfranquista y en ella, el de la inmigración latinoamericana. Firmas como Sanchis Sinisterra, Albert Boadella, José Luis Gómez, Lluís Pascual, Alberto Miralles, no sólo traen a colación la temática actual, a veces de forma demasiado tangencial, sino que se remontan el pasado conquistador español. De él, en un viaje de ida y vuelta con la actualidad, extraen el material con el que tratan de purgar una supuesta mala conciencia española por los hechos acaecidos hace 500 años. Una especie de autocritica que ha rendido pingües beneficios, y no sólo teatrales.

Ya en ámbitos del postmodernismo, es toda una pléyade de mujeres la que trae a la literatura temas como el desarraigo y el encuentro teñido de incompreensión entre España y América: son las dificultades de los hispanoamericanos en estas últimas décadas para vivir decentemente y, tal vez, construirse un futuro brillante. Rosa Montero, Soledad Puértolas, Esther Tusquets y Beatriz Poettecher en una novelística brillante, han tocado con manos realistas lacerantes verdades, tangibles con sólo asomarse a la calle.

Otra vez Eros. Cristina Peri Rossi. Editorial Lumen. Barcelona. 1995.

La poética que ya se advierte en las entregas en prosa de Peri Rossi, aparece en este volumen desnuda, desgranada, independiente de las ataduras a que se somete la narración. Es un grito en silencio, de un desgarramiento

pero agudo que llega al espíritu como una pequeña llama de gas, como la cortante pero certera incisión del bisturí. El compromiso con el erotismo se revela de la mano de la denuncia, de la queja existencialista en general, sin poner a nadie ni a nada en el banquillo. Peri Rossi no le echa la culpa a ningún ente concreto de las miserias que azotan al ser humano y, sobre todo, a la mujer y, más aún, a la lesbiana. No es el mismo canto de Safo desde su privilegio de Lesbos, en esa Gracia más que clásica o mítica, ideal. El homosexualismo de hombres y mujeres en la Magna Grecia, era un asunto tan normal como el amor heterosexual, y tal vez hoy lo seguiría siendo si Alejandro hubiera consolidado su Imperio y extendido hacia Occidente. La moral (?) judeocristiana marginó un sentimiento tan humano como los demás.

Peri Rossi trabaja un verso cómodo para el lector, pues si en la mayor parte de un poema los cortos renglones se presentan como si fueran eso, breves agrupaciones de palabras que pudieran estar en prosa, de pronto, mágicamente, estalla el timbre artístico. Borges decía que bastaba sólo un toque poético en una composición para teñirla toda de poesía. Es así como en este libro la magia surge tímida pero gloriosamente de su escondite.

En «Filosofía» Peri Rossi da una de cal y otra de arena, cambiando amablemente cosas como... *Ante la caída internacional del comunismo / el desmoronamiento brusco de tu falda*. Pero en «Final» es contundente y dura al afirmar que... *Ya no hay amores insensatos / sino aburridos acoplamientos programados*. Aunque sutilmente propone en «Distancia justa» que... *En el amor y en el boxeo / todo es cuestión de distancia*.

En general, la poética de Peri Rossi es un tira y afloja armonioso, insinuante y fatal, como tiene que ser toda entrega artística. En otros tiempos, una poetista lesbiana sería una maldita; hoy, gracias a Dios, la podemos bendecir.

Festejo: 80 años de Octavio Paz. Presentación de Víctor Manuel Mendiola. Editorial El Tucán de Virginia. México 1994.

Un excelente regalo de cumpleaños ha querido hacer Víctor Manuel Mendiola a Octavio Paz en esta recopilación

ción de ensayos sobre su obra. Los ochenta años del maestro mexicano son celebrados de manera armoniosa, pues cada rincón de su obra es analizado con rigor científico pero sin abandono de lo afectivo.

Así, en relación estrecha entre la obra de Paz y la de Quevedo y Picasso en *Homenaje y Profanaciones*, Manuel Ulacia trata de la conciliación que ya está implícita en el título. De la misma manera como Picasso profana pero familiariza con la realidad actual *Las Meninas* de Velázquez, hasta distribuirlas en 39 telas, Paz parte de poemas de Quevedo para valorar el mundo, el amor y la muerte desde una perspectiva que podríamos llamar barroco actual. No es una vuelta a movimientos pasados, pero sí la confirmación de que el arte es uno por mucho que pasen los tiempos; que la impronta de una tendencia logra instalarse en la memoria artística de forma indeleble para ser con las demás un todo único, eterno en lo expresivo.

De cómo se forjarían obras como *Las peras del olmo* y *El arco y la lira* da cuenta Anthony Stanton. Pero lo más interesante en esta entrega es la correspondencia que Paz mantuvo con Alfonso Reyes cuando el primero era un joven diplomático en la India y Japón. *El arco y...*, que empezaría en Córcega y donde siente la «nostalgia de lo griego» que se consolidaría en la India, impresiona a Reyes, a la sazón presidente del Colegio de México, quien otorga una subvención para la elaboración del libro. El fenómeno poético es analizado en toda su magnitud: poema y poesía, poema y lenguaje, ritmo y metro, imagen, acentuación, experiencia poética, las relaciones entre la poesía y la sociedad, el teatro, la épica y la religión.

El Paz surrealista, el comprometido con España y su cultura, el analista atento y nada esperpéntico del México prehispánico, el influido por Eliot y, en general, el Paz universal y sabio que aún piensa y sueña, está fielmente retratado en este *Festejo*. Regalo no sólo para el homenajeado.

Cuento chicano del siglo XX. Presentación de Ricardo Aguilar. Ediciones Coayacán. México. 1995.

Un verdadero tesoro de la lengua castellana y de la historia del pasado español, y presente hispanoamericana-

no, lo representa el pueblo chicano. Encerrado principalmente en el estado de Nuevo México, resiste como puede, y también como quiere, al imperable avance de la cultura anglosajona. Muy poco podría exigírsele a una población de estas características desde 1848. Al no ser oficial el idioma, la lucha es verdaderamente heroica y haría palidecer de vergüenza a los que en un país como España dejan perder la suya autóctona buscando culpabilidades pretéritas.

A lo largo de 25 cuentos, una serie de autores desgrana historias que cumplen con todas las reglas de la narración en corto: brevedad y contundencia, tal y como Hemingway decía que debía ser el cuento. Son temas escritos ora en castellano, ora en inglés y los autores son licenciados en filología, tanto hispánica como inglesa. Denotan lo que podríamos llamar problemática del desarraigo crónico, tradicional, casi genético. Por sus líneas transitan personajes que no saben si sentirse «gringos» o mexicanos, procurando encontrar un rincón psicológico donde alojar una chicaneidad productiva. Al no tener una plasmación directa en lo político, pues que se sepa no existe ningún partido o movimiento con representación parlamentaria, lo socio-cultural se refleja en la literatura, el teatro y, en bastante medida, en el cine.

Tal es así en un cuento como «El velorio», en el cual los personajes mezclan creencias paganas con el culto católico y marginan a la autoridad establecida, como el cura y las leyes, para refugiarse en lo intuitivo y seráficamente aceptado. El sincretismo entre lo español e indio es perfecto, además de lo anglosajón que viene a modular por fuera la existencia de otra cultura basada en los tres elementos. Rudolfo Anaya es su autor y además de narrador en prosa es dramaturgo y guionista de televisión.

Cuento cercano al realismo mágico garciamarquiano es «El niño que se comió a sí mismo», en la que un niño hace exactamente lo enunciado en el título. Sus heridas no se infectan pues producen un antiséptico que es objeto de estudio de renombrados especialistas. Ronald Francis Arias añade una chusca sorpresa al final: en el sanatorio donde la madre ha internado al hijo autoantropófago, en vista del fenómeno, no le cobran la cuenta.